

Los dioses con rostro humano: religión en la antigua Grecia

Juanes, Jorge

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Juanes, J. (1992). Los dioses con rostro humano: religión en la antigua Grecia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(147), 97-111. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1992.147.51552>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

*LOS DIOSES CON ROSTRO HUMANO,
religión en la antigua Grecia*

Los Dioses Olímpicos

Sin los mitos consagrados a los dioses olímpicos la religión griega sería incomprensible.¹ Hablamos de dioses que dan lugar a un mundo fantástico y sumamente vivo: poblado de claridad y placer, tinieblas y sangre. Si bien se les llama Inmortales, los dioses olímpicos forman parte de la vida habitual de los mortales. Son dioses que se acercan y alejan, descubren y encubren para terminar invadiendo la existencia con rostros de cordialidad o ira, belleza o venganza, todo desencadenado en oleadas oceánicas o fuego surgido del centro de la tierra, en el silencio o en el grito de la naturaleza, los olímpicos, personeros del destino y ordenadores del mundo. Dioses que a pesar de haber visto la luz en la palabra poética de los griegos rebasan cualquier territorio fijo o cualquier tendencia política.

Los mitos clásicos —teogónicos cosmogónicos, antropogónicos— hablan del origen de los dioses, del mundo y de los hombres, e incluso de las instituciones sociales. Estamos ante dioses que no crean el mundo (la palabra creación no existe en Grecia). Digamos que los olímpicos simplemente habitan un mundo que es desde y para siempre, que pueden descubrir o transformar pero sin alterar sus leyes básicas. De los dioses sabremos quién es quién, aquello de lo que cada uno es capaz, lo que buscan y desean, las maneras pacíficas o violentas, astutas o desafiantes con que encaran sus propósitos. Si bien los dioses son superiores, distan de ser absolutamente omnipotentes; un ejemplo, aunque quisieran no podrían cambiar las leyes de la naturaleza. Cabe

¹ Cf: Mircea Eliade, *Mito y realidad*, Ed. Guadarrama; Robert Graves, *Los mitos griegos*, Ed. Ariel; H. J. Rose, *Mitología griega*, Ed. Labor; Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Ed. Gredos; Bruno Snell, *Las fuentes del pensamiento europeo*, Ed. Razón y fe.

agregar que gozar del estado de inmortalidad no los convierte en invulnerables (herida de Afrodita). Nuestros dioses que se manifiestan como rayos, pájaros, objetos de todo tipo, o usan determinadas energías o estados de los cuerpos naturales para desenvolverse; pensemos que estamos ante seres que viven e imaginan lo mismo que los hombres viven e imaginan, similares a los mortales pero sin los límites de los mortales, fantástico.

Nadie puede presumir de haberse librado de los dioses olímpicos, mientras abrigue deseos de potenciar la naturaleza y vivir en el exceso. Pues arrastrados, poseídos por una vitalidad irrefrenable, los olímpicos se dan a yantar y fornicar y su poder de seducción alcanza muchas veces a algún mortal al grado de la posesión. Y es que lejos de mirar el mundo a distancia, fría e indiferentemente, los olímpicos abren su deseo a todo lo que late, a costa no pocas veces de su propio derrumbe. Ni siquiera Zeus, Dios de dioses, pone el buen ejemplo: se casa varias veces, tiene amantes por doquier; divinas unas y mortales las otras, procrea hijos legítimos e ilegítimos (se le atribuyen casi cincuenta hijos); astuto como pocos, tramposo; quien lo mismo cobra forma humana, animal o natural que adopta la identidad de alguien (caso Anfitrión) para acostarse con su mujer; quien lo mismo se convierte en fina lluvia de oro para seducir y embarazar a Dánae, que en su relación con Ganimedes llega a tener relaciones homosexuales. Hablamos de dioses extremos en lo peor y lo mejor, que avanzan de la castidad hacia la promiscuidad, de lo heterosexual al lesbianismo, que lo mismo encumbran a sus hijos que los matan, o encarnan estados de belleza como de fealdad, de amor como de odio.

Son los dioses olímpicos: polígamos, vigorosos, melancólicos, apasionados, inmorales, desvergonzados. Dioses de la paz y la guerra. Inocentes, traviosos, puñeteros (Priapo, quien al no poder realizar coito con hembra alguna, debido a las enormes dimensiones de su pene, opta por la masturbación) y ríen, ríen, ríen; de todo hay en la viña del señor Zeus, hasta vírgenes. Pero por ello no se trataría únicamente de lo imaginario: el cuerpo está materialmente presente en el teatro de los olímpicos. Lo alto así, el cielo, es remitido constantemente al plano humano y ya ahí se la juega mediante un perpetuo trabajo de invención vital. Y aún, por el placer que les provoca el juego con los mortales, los Inmortales se entregan al cumplimiento de múltiples papeles, tanto que pueden darse el lujo de ser promiscuos. Nada que ver, pues, con dioses exteriores, padres ejemplares o centros absolutos; nada con la mirada vacía. Se trata de dioses que actúan en un marco de castidad y lujuria, se trata de la activación última de lo simbólico, donde sitios y papeles son arbitrariamente establecidos, luego cambiados, como una combinatoria delirante, sin reserva, en que el lenguaje también delira, se rompe.

La manera en que los dioses intercambian caricias y odios, la manera en que escenifican sus poderes, se arriesgan o temen en medio de musas, sátiros, bacantes, górgonas, parcas o amorcillos (para que seguir con la inmensa corte

olímpica) da cuenta de un horizonte incomprensible para los educados en el culto a los santos absolutos engendrados en la letra del testamento cristiano. Si bien de Inmortal a mortal, de Dios a hombre, la mitología olímpica insta relaciones de subordinación, evita sembrar el terror entre los creyentes, a pesar de la existencia del Tártaro. Digamos que el estado de diversidad no define un poder absoluto sino una sabiduría omnisciente. Según nos enteramos por la lectura de la mitología clásica, los olímpicos son dueños del tiempo presente y del porvenir en términos inalcanzables para los hombres; con plena conciencia le dicen sí a la fortuna o al infortunio, a la voluptuosidad o a la indiferencia. Actitud por la que los griegos los admiran, sintiendo asombro, pasmo ante las hazañas de la tribu de Zeus. Imaginamos también la envidia sentida por los mortales hacia aquellos que nunca conocerán la muerte. Porque por innumerables que sean los deseos y miles los proyectos que a los hombres cabe efectuar, nunca podrán rebasar la guillotina del límite, la constante aproximación al fin definitivo, el último número, que por lo demás los mortales conocen por adelantado: lo único que a ciencia cierta saben respecto al porvenir, la nada, la muerte o la imposibilidad de que la existencia humana siga haciendo combinaciones ricas en sorpresas, mañana y pasado mañana y siempre; envidiemos entonces a los dioses que pueden seguir y seguir y seguir.

Los mitos clásicos, decíamos, tienen por protagonistas a dioses, héroes y hombres; obedecen a múltiples influencias y son sometidos a múltiples recomposiciones. Con Homero no se asiste todavía, por ejemplo, al menos de un modo reiterado y sistematizado, a la tremebunda batalla generada por los olímpicos bajo el mando de Zeus contra Cronos y los Titanes. Hesíodo (Teogonía) pondrá las cosas en su lugar: tal batalla sintetiza el desplazamiento de los viejos dioses, representantes de la fuerza natural en estado bruto, por los nuevos dioses, representantes de la configuración ordenada, bella y justa de esa fuerza natural. Pero si aceptamos que tras el mundo de los dioses respira el mundo de los hombres, debemos aceptar también que tras el señalado desplazamiento descansa la autoconciencia mediante la que los griegos se saben distintos a los otros, los bárbaros. Dicho sin eufemismos: en la imagen de los dioses olímpicos los griegos proyectan la imagen de sí mismos, su diferencia.

Por mal que se juzgue a los griegos, por más pruebas que ofrezcamos sobre los aspectos negativos de su cultura, por más que prefiramos otras culturas queda el hecho entonces de que cada vez que imploremos las palabras orden, belleza y justicia, somos de alguna manera griegos. La cuestión en cuanto a los griegos rebasa, luego, el marco maniqueo ¿culpables o inocentes?; simplemente eso: inventores de una manera de ver, preguntar o transformar, que en sus mejores momentos reconoce (los trágicos) el peligro latente que encierra, en caso de que se la absolutice, la triada recién descubierta.

Los olímpicos y los otros. Los dioses griegos o cercanamente griegos que simplemente desplazan, más no aniquilan, a los dioses extraños. No, nada de

aniquilamientos; los otros dioses representan también estados de la naturaleza. Antes bien, asistimos a una recomposición cartográfica entre el mapa del cielo y el mapa de la tierra, donde paso a paso el centro oculto de la tierra cede al cielo el patrimonio de la divinidad. De la sólida tierra que sostiene nuestros pasos por el mundo comienza a presentirse que en su corazón oscuro, en las entrañas donde germina el fruto o la flor, habitan fuerzas malignas, terribles que contrastan desfavorablemente ante la claridad que emerge ante nuestros ojos cuando miramos hacia las alturas. Los creadores de mitos, la suma de los poetas griegos llamados Homero y los que siguen después, terminaran apostando, por tanto, a favor del cielo etéreo que invita a correr fantasías. Lo cual explica que Zeus, el venerado Zeus dueño de las alturas, que conoce el presente y el porvenir, sea finalmente encumbrado como inigualado soberano de Inmortales y mortales, cielo y tierra, aunque en términos de comportamiento moral deje afortunadamente mucho que desear.

El triunfo de los dioses olímpicos dará pie, además, a la transmutación del cielo mítico en cielo filosófico. Tenemos por principio a los filósofos intentando convencernos que el mundo responde a una idea clara, soberanamente clara, que de alguna forma estaba ya presente en la mitología clásica; concretamente en la parte donde los dioses aparecen gozando de una vida feliz, bella y ejemplar. Sobra advertir que la nueva perspectiva presupone someter a los dioses a un tratamiento purificador, que propicia en ellos la pérdida de exuberancia, vitalidad e incoherencia. Será la Idea quien corrija, será ella el nuevo Dios; Dios de los filósofos que funcionará en adelante como lector privilegiado desde el cual las irracionalidades míticas pasaran a ser interpretadas como meras señales sintomáticas de un orden cósmico y humano que todavía no acababa de ser comprendido. Estamos al comienzo del imperio de la abstracción en que dioses, héroes y hombres, tienden a ser sustituidos por un número limitado y estrictamente eslabonado de categorías conceptuales descarnadas e inmóviles, que de los dioses conservan sólo lo infalible e inmortal.

Puede decirse, por ello, que la filosofía, en cuanto se concreta a poner en juego el mero Espíritu y la contemplación espiritual, representa un empobrecimiento de la experiencia vital como posible fuente de conocimiento, sabido que la mitología olímpica se entregaba al conocimiento poniendo en juego razón y pasión, cuerpo y espíritu. Por otra parte, lo fantástico o maravilloso cede ante la fría construcción categórica. Todavía: bajo el supuesto filosófico de que la Idea esta más allá de lo sensual o particular, incluso de la multiplicidad de las cosas que se ofrecen a la mano, la sabiduría queda reducida a descubrir lo invisible o supuestamente esencial, el Ser puro. Mientras el mito juzga lo de la tierra y el cielo amparado en fuerzas vitales representadas por ciertas imágenes, la filosofía juzga (compara, jerarquiza, niega o afirma) a partir de principios desvitalizados o supuestamente superiores a la vida que conducen

a que hombres y cosas adquirieran un lugar en el mundo, de acuerdo al referente trascendente y universal que ocupa el lugar que otrora ocupaban los dioses.

Queréis saberlo, ahora, en la era del nihilismo activo que nos ha tocado vivir. Ahora, lo único que apenas nos queda de los olímpicos es el grito, las fuerzas primordiales, antes de que el pensamiento constructivo les pida cuentas, las fuerzas primordiales, que tratan de huir justo en el momento en que la Razón duerme; si Lacan lo hubiera entendido... Queréis saberlo: se trata de la fantasía, el sueño, que no es aún ninguna lengua arreglada, que a pesar de eso habla, habla en la soledad, ese secreto, ese interior inavergüable, ese deseo, justo lo impensable, queréis saberlo, sólo hace falta atreverse, silencio pues, silencio otra vez, silencio, shhhhh.

Hesíodo: La *Teogonía*

¡Salud, hijas de Zeus! Otorgadme el hechizo de vuestro canto.

Hesíodo

Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope. Todo es delicado en ellas. Frágil, etéreo. Son las musas hijas del dios supremo y de la memoria. Musas “que en densa niebla marchan al abrigo de la noche”, y “lanzan al viento su maravillosa voz, con himnos a los dioses”, y cantan, y bailan. Por su voz, mortales e Inmortales son informados de la existencia de los dioses. Gracias al incansable y festivo maravillar de las musas, lo sagrado se expande por el mundo convirtiendo lo ordinario en extraordinario. Es en esa atmósfera que Hesíodo, en el momento en que apacienta sus ovejas, siente de improviso que las musas lo poseen revelándole la misión que debe cumplir en la tierra: ser poeta.

Este mensaje a mí en primer lugar me dirigieron las diosas, las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida: “¡Pastores del campo, triste oprobio, vientres tan sólo! Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades; y sabemos, cuando queremos, proclamar la verdad.” Así dijeron las hijas bienhabladas del poderoso Zeus. Y me dieron un cetro después de cortar una admirable rama de florido laurel. Infundieronme voz divina para celebrar el futuro y el pasado y me encargaron alabar con himnos la estirpe de los felices Sempiternos y cantarles siempre a ellas mismas al principio y al final.

Son palabras que pertenecen a la *Teogonía*. En dicho poema la posesión de las musas se narra como algo que le acontece a un individuo solitario,

asombrado con el entorno que le ofrece el “divino Helicón”, quizá ocupado en una reflexión sobre el papel del individuo en la tierra y su relación con lo trascendente. Hesíodo que ha sido tocado por las musas. De ellas recibe inspiración: “De las musas y del flechador Apolo descienden los aedos y citaristas que hay sobre la tierra; y de Zeus, los reyes. ¡Dichoso aquel de quien se prendan las musas! Dulce le brota la voz de la boca”. Debido a un acto de gracia será que el poeta, valiéndose de un lenguaje mítico, participe del desvelamiento de las verdades trascendentes y superiores. El poeta es un poseído. Hesíodo cree en ello y quiere que nosotros participemos en la creencia. Al parecer de Luis Gil,² la invocación de Hesíodo a las musas no debe sorprender a nadie:

Para la comprensión de vivencia tan extraña a la mentalidad moderna es preciso tener presente que Hesíodo compartía las creencias religiosas de los campesinos de Beocia, los cuales, con cierta frecuencia, “veían” en los parajes agrestes a las Ninfas o quedaban posesos por ellas.

El conjunto de la obra de Hesíodo expresa un compromiso con las verdades del más allá (*Teogonía*) y del más acá (*Trabajos y días*). Nuestro poeta presiente el llamado de lo extraordinario; está dispuesto a escuchar la revelación de los dioses. Acerquémonos a la *Teogonía*. Una pieza maestra que comprueba aquello que alguna vez Herodoto dijera: que Hesíodo junto con Homero fueron quienes la revelaron a los griegos el mundo excepcional de los Dioses Olímpicos. La *Teogonía* se ocupa concretamente de establecer dos cosas: la jerarquía de los Olímpicos según el grado de su divinidad (manifiesto ya en la primera lista de dioses aparecida al inicio del proemio); y la genealogía de los dioses, en que seremos enterados que el orden olímpico sólo pudo ser instaurado tras una larga y terrible lucha contra los dioses bárbaros, arcaicos y nocturnos, sedientos de sangre de la cual surgirá vencedor el Dios del orden y de la justicia, quien reinará por siempre y sobre cualquier Inmortal o mortal, Zeus en persona:

Reina aquél (Zeus) sobre el cielo y es dueño del trueno y del llameante rayo, desde que venció con su poder al padre Cronos. Perfectamente repartió por igual todas las cosas entre los Inmortales y fijó sus prerrogativas.

En los Dioses Olímpicos Hesíodo celebra la grandeza de los griegos. Aquí no impera el dios amo que, siglos más tarde y lamentablemente, imperada bajo el cristianismo. Los dioses griegos viven en cercanía con lo concreto; pues aún

² *Los antiguos y la “inspiración” poética*, Ed. Guadarrama.

y siendo inmortales no dejan de tener familiaridad con los mortales. Por la *Teogonía* descubrimos que los Olímpicos representan el orden secreto y último de la naturaleza, entendida la naturaleza como algo que es por sí mismo sin origen ni final. La *Teogonía* nos informa además que en el principio fue el Caos, que del Caos se origina todo lo que es, dioses incluidos. Lo primero que surja del Caos será Gea, la Tierra madre de lo viviente. No tardaremos en asistir al surgimiento del Tártaro, lugar obscuro y terrible; también Eros (propiciador de todas las uniones “y el más hermoso entre los dioses inmortales”) hará acto de presencia. Hesíodo recrea incluso la atmósfera que envuelve los nacimientos señalados: Erebo o el espacio de tinieblas, la Noche, el Eter, incluso el Día. De la Noche surgirán, a su vez, Tánato (muerte) e Hipno (sueño), las Hespérides (criaturas del atardecer) y las Moiras (representantes del orden del cosmos), Nemesis (justicia) y Eris (discordia).

Lo que sorprende a lo largo de la *Teogonía*, es que Hesíodo considere constituyentes del fundamento del mundo tanto a las fuerzas benignas (procedentes en general de la unión de Urano y Gea), como a las malignas (hijas de la negra noche). Las fuerzas benignas comprenden a los “dioses dadores de bienes”, en la cima “Zeus padre de dioses y hombres”. Si tuviera que nombrarse a un protagonista originador de la religión olímpica, habría que destacar a Gea: madre de Urano (el cielo) y Ponto (el mar). La relación de Gea y Urano (convertido de momento en soberano del cosmos) genera, asimismo, a Cíclopes, Hecantonquires y Titanes, seres fantásticos y temibles. De la genealogía olímpica destaca, sin embargo, el conflicto entre Urano y uno de sus hijos, Cronos, padre a su vez de Zeus. Sucede que Cronos (“de mente retorcida, el más temible de los hijos, llenó de un inmenso odio hacia su padre”), en venganza por permanecer encerrado en el seno de Gea por orden de Urano, y en complicidad con Gea harta ya de la situación, termina castrando a su padre, justo cuando este se disponía a entregarse en brazos de Gea.

Vino el poderoso Urano conduciendo la noche, se echó sobre la tierra ansioso de amor y se extendió por todas partes. El hijo, saliendo de su escondite, logró alcanzarle con la mano izquierda, empuñó con la derecha la prodigiosa hoz, enorme y de afilados dientes, y apresuradamente segó los genitales de su padre y luego los arrojó a la ventana por detrás.

La cosa no para ahí. De las gotas de sangre recogidas por Gea surgió nueva descendencia: Gigantes, Ninfas, Furias. Todavía: del semen producido por los genitales aun activos nació Afrodita: “Y estas atribuciones posee desde el comienzo y ha recibido como dote entre los hombres y dioses inmortales: las intimidades con doncellas, las sonrisas, los engaños, el dulce placer, el amor y la dulzura”. Pero no vamos a sacar ahora a colación el sinnúmero de dioses nombrados y sistemáticamente ordenados por Hesíodo. Retengamos, eso sí,

que Cronos paso a ocupar el cetro divino y se casa con Rea, con la que engendra seis hijos a los que irá devorando temiendo que le quitaran el poder. El último de los hijos recibe por nombre Zeus. No queriendo que sufra el destino de sus hermanos, Rea, poniendo en juego su astucia, le entrega a Cronos una piedra envuelta haciendo creer que se trata de Zeus, quien de tal suerte sobrevive.

Con Zeus, Grecia encuentra a su dios y los Olímpicos al dios de dioses. Hesíodo se hace eco de ello, de ahí que guarde culto desmedido a Zeus, vencedor de las fuerzas del infortunio. Conforme se avanza en la *Teogonía* se avanza, en efecto, a una especie de encumbramiento de Zeus. Aceptada la inevitabilidad de los hijos de la noche (mentira, enfermedad, disputa, hambre, etc.), Hesíodo considera que bajo el amparo de Zeus y las fuerzas benéficas que le acompañan puede hacerse frente a las fuerzas malignas. No se crea con esto que lo de Zeus linda con la bienaventuranza simple y llana. Pues el dios tiene por aliados a la victoria, la fuerza y la violencia, el poder del rayo; además su apareamiento con Temis si bien dio lugar a los Dones de la naturaleza, personificados por las Horas y recibidos por los hombres, también dio lugar a las Moiras, personificación del destino identificado con el vaivén entre la dicha y la desdicha. Y Zeus, cuando creía haber vencido a sus opositores, tendrá en la figura del Prometeo un nuevo opositor. Hesíodo plantea la disputa en la parte de la *Teogonía* dedicada al Mito de Prometeo. Prometeo nos será presentado como un Titán, o al menos, como el hijo del Titán Jápeto (hijo de Urano y Gea). Hesíodo tiene un concepto positivo y negativo de Prometeo. Positivo, pues Prometeo encarna la inteligencia (“has conseguido, le dirá Zeus, engañar mi inteligencia”); negativo en aquello en que representa el engaño y la trampa, y no se detiene para hacer chapuza ni siquiera ante el mismísimo Zeus. El Mito de Prometeo narra el engaño. Un engaño que no es poca cosa debido a que conduce, con cierta alevosía, a la traición del sacrificio que preside la posibilidad de reconciliación de los hombres con los dioses para que el mundo marche y regale sus dones. Hesíodo volverá en *Trabajos y días* a recrear la disputa entre Zeus y Prometeo. Pero si bien el planteamiento de ambos textos es cercano, tenemos que mientras la *Teogonía* se ocupa fundamentalmente, dado su campo de exploración, en explicar la disputa como un conflicto entre dioses, la inteligencia de Prometeo versus la inteligencia de Zeus; *Trabajos y días* se ocupa más bien del efecto que ello tiene sobre la vida humana.³

Aclaremos puntos. El Mito narra un rito común en Grecia; el sacrificio de animales (“un enorme buey”) consagrado a los dioses a cambio de protección divina. Violarlo significa desatar la ira de los dioses. Prometeo lo hace. Sacrificando el enorme buey, procede al rito del reparto de la víctima sacrificada, conformado por una porción aparentemente favorable a Zeus, pero viola

³ Cf: Carlos García Gual; *Prometeo; mito y tragedia*, libros Hiperión.

las reglas del juego. La verdad es que la parte de Zeus era pura fachada, ayuna de carne y visceras, conformada pues con puros huesos y brillante grasa disimuladora. Fingiendo no darse cuenta, Zeus “cae” en la trampa y toma la parte “mayor y mejor” de la víctima sacrificada.

Cogió con ambas manos la blanca grasa. Se irritó en sus entrañas y la cólera le alcanzó el corazón cuando vio los blancos huesos del buey a causa de la falaz astucia.

Repárese en que la cólera de Zeus tiene mucho de teatral, pues a sabiendas del engaño el Dios todopoderoso tenía preparada la respuesta a Prometeo: quitarle el fuego a los hombres. La respuesta de Zeus no surte efecto: Prometeo le robara el fuego a los dioses y volverá a entregárselo a los hombres. Pero ello estaba también previsto por el altitonante, quien le contesta ahora a Prometeo con otra falaz astucia: Pandora; mujer fatal y seductora, quien al igual que la pieza de buey ofrecida por Prometeo a Zeus resulta ser pura fachada, bella apariencia tras la que anida la ruina para los hombres e incluso Zeus, harto del juego de las astucias utiliza su inapelable poder encadenado a Prometeo en una roca donde un águila le devora las visceras (recuerdo que la violación del sacrificio, fue precedida por el escamoteo de las visceras del animal sacrificado).

Pero planteado el Mito en un plano meramente formal, no ofrece la clave para entenderlo, hay que afinar. Prometeo actúa en nombre de los hombres con objeto de beneficiarlos y liberarlos de la tutela divina. La ruptura de las reglas del sacrificio es eso: un premeditado desafío a los dioses. De alguna manera la inteligencia de Prometeo es también la innegable inteligencia de los hombres. Por el uso de la inteligencia será pues que los hombres puedan lograr autonomía y liberarse; siempre bajo la condición de aprender a proporcionarse el fuego a sí mismos. El mito de Prometeo parece apuntar a la materialización de tal posibilidad, ya que violado el sacrificio y desatadas las consecuencias los hombres, que carentes de fuego parecían condenados a retroceder al estado bárbaro (comida cruda), aprenden en realidad y bajo el impulso de Prometeo el secreto y uso del fuego al margen del altitonante.

Si el retroceso en la escala de la humanización queda identificado con la pérdida del beneficio del fuego, lícito es pensar que el posterior acto de Prometeo consistente en reintegrarle el fuego a los hombres resulte ser un acto previsible. Aceptado que los hombres posean el patrimonio del fuego, Zeus acepta que el hombre es un ser inteligente. Pero para Zeus el hombre auna la torpeza a la inteligencia; los mortales seríamos torpes por constitución. Ya en la *Teogonía*, al momento de considerar la figura del hermano de Prometeo, Epimeteo, Hesíodo se refiere a este último en los siguientes términos: “El torpe Epimeteo, que fue desde un principio siempre ruina para los hombres que se

alimentan de pan. Pues él por primera vez aceptó una joven mujer modelada por Zeus”. La joven mujer no es otra que Pandora. En haberla aceptado queda manifiesta la torpeza humana. Leemos por su parte, en *Trabajos y días*, como fue que Epimeteo aceptó el regalo envenenado de los dioses: “Y no se cuidó Epimeteo de que le había advertido Prometeo no aceptar jamás un regalo de manos de Zeus olímpico, sino devolverlo acto seguido para que nunca sobreviviera una desgracia a los mortales. Luego cayó en la cuenta el que lo aceptó, cuando ya era desgraciado”.

Digamos entonces que los hombres estamos entre Prometeo y Epimeteo, entre la inteligencia y la torpeza. Y será la torpeza lo que nos impida, finalmente, alcanzar por completo la autonomía. De Hesíodo proviene la advertencia: debido a nuestra torpeza necesitamos ser fieles al sacrificio sin trampa; los dioses no puedan ser objetos de engaño porque sin su auxilio no habría cómo hacerle frente al infortunio. Y de alguna manera torpe será también Prometeo quien, figura inteligente y libertaria, astuta e incluso prudente comete al menos dos errores; identificar libertad con autosuficiencia humana, en el entendido de que la ruptura con los dioses implica la ruptura con las fuerzas humanas, trascendentes y cósmicas, sin las cuales el hombre sería nada; y desconocer la otra cara del hombre, la torpeza. Si torpe es ya identificar la libertad con la autonomía absoluta de la inteligencia; lo es más confiar en que Epimeteo resistiría el regalo de Zeus, Pandora en persona, parte seductora y perversa de la naturaleza.

Yo a cambio del fuego, apunta Zeus, le daré un mal con el que todos se alegren de corazón acariciando con cariño su propia desgracia.

De nuevo el Dios gana la batalla. Puede ser que haya prometeos en el mundo que tengan la prudencia de no sucumbir ante la seducción de Pandora naturaleza (“gracia, irresistible sensualidad y halagos cautivadores... por voluntad de Zeus gravosamente”); pero siempre habrá epimeteos imprudentes que cedan a la seducción; me cuento entre ellos, por supuesto. Vale la pregunta ¿Hesíodo, conforme a la tendencia dominante en Grecia, mantiene en general una visión negativa de la mujer? Por la *Teogonía* desfilan mujeres húmedas y nocturnas, deseadas y causantes de desdichas; harpías e hidras, medusas, afroditas, quimeras y górgonas que delatan su funesto origen y designio. Encontramos igualmente arquetipos femeninos esquemáticos: la mujer seductora dotada de “mente cínica”, mujer adorno, mera consumidora y propiciadora de placer, de despilfarro y desventura por tanto; quien tendría por contrapartida a la mujer conservadora de bienes, colaboradora del hombre y causa de bienaventuranza: “Y a quien, en cambio, leemos en *Teogonía*, le alcanza el destino del matrimonio y consigue tener una mujer sensata y adornada de recato, éste, durante toda la vida, el mal equipara constantemente al bien”. Para el caso que

nos ocupa, una mujer, Pandora, resulta ser causante del mal entre los hombres; cito de *Trabajos y días*:

En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrearán la muerte a los hombres (...). Pero aquella mujer, al quitar con sus manos la enorme tapa de una jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes. Sólo permaneció allí dentro de la Espera, aprisionada entre infrangibles muros bajo los bordes de la jarra, y no pudo volar hacia la puerta; pues antes cayó la tapa de la jarra (por voluntad de Zeus portador de la égida y amontonador de nubes). Mil diversas amarguras deambulan entre los hombres: repleta de males esta la tierra y repleto el mar. Las enfermedades ya de día ya de noche van y vienen a su capricho entre los hombres acarreamos penas a los mortales en silencio...

Resulta perceptible en las palabras de Hesíodo que antes que en la persona de Pandora, el peligro de su presencia recae en la jarra contenedora de todos los males y por ella destapada (Aurelio Pérez Jiménez, a quien se debe la notable versión al español que estoy utilizando, justifica así traducir *espera* en lugar de *esperanza*: “Al decir Hesíodo que la ‘espera’ queda dentro de la jarra quiere decir que los hombres recibirán los males sin advertirlo, sin esperárselos, lo que es precisamente una de las cualidades de las desgracias a que se refiere Hesíodo”). Quizá la alusión a la jarra atenúe la visión negativa de la mujer, y sin duda, muestra un Hesíodo convencido de la inevitabilidad del mal entre los hombres (incluido el mal cósmico originado en los hijos de la noche. “Por su parte maldita Eris parió a la dolorosa fatiga, al olvido, al hambre y los Dolores que causan llantos, a los Combates, Guerras, Matanzas, Masacres, Odios, Mentiras, Discursos, Ambigüedades, al Desorden y la Destrucción, compañeros inseparables, y al Juramento, el que más Dolores proporciona a los hombres de la tierra siempre que alguno perjura voluntariamente”). Mal que, relativamente al menos, puede ser contrastado mediante el culto a los dioses del Bien. Para Hesíodo lo mejor sería que los hombres cultivaran el aprecio de los dioses, para eso el sacrificio (El Mito de Prometeo ocurre “cuando dioses y hombres mortales se separan en Mecona”), y basaran sus relaciones en el plano del trabajo y en base a la justicia.

Culto. Trabajo. Justicia. Ahí la triada insuperable, patente en la voz del poeta. El culto, por lo que ya sabemos; el trabajo y la justicia, por lo que tras narrar el Mito de Prometeo y Pandora nos narra Hesíodo en el Mito de las edades, contenido en *Trabajos y días*. El Mito explica la genealogía humana como un acontecimiento que involucra cinco estirpes plenamente identificadas: de oro, plata, bronce, los héroes y la estirpe de hierro. Más que a una evolución, se asiste aquí a una involución. No siempre los mortales padecieron infortunio.

Al principio los Inmortales que habitan mansiones olímpicas crearon una dorada estirpe de hombres mortales. Existieron aquellos en tiempos de Cronos, cuando reinaba en el cielo; vivían como dioses, con el corazón libre de preocupaciones, sin fatiga ni miseria; y no se cernía sobre ellos la vejez despreciable, sino que, siempre con igual vitalidad en piernas y brazos, se recreaban con fiestas ajenas a todo tipo de males. Morían como sumidos, en un sueño; poseían toda clase de alegrías, y el campo fértil producía espontáneamente abundantes y excelentes frutos. Ellos contentos y tranquilos alternaban sus faenas con numerosos deleites. Eran ricos en rebaños y entrañables a los dioses bienaventurados.

Después de la edad de oro poblada por una estirpe casi divina, casi, ya que a diferencia de los dioses tiene por destino a la muerte, sobreviene la inevitable caída. La estirpe de plata, por ejemplo, padece debido a su ignorancia, manifiesta en el uso perpetuo de la violencia y en la negativa a rendir culto a los dioses que habitan el Olimpo. “Otra tercera estirpe de hombres de voz articulada creó Zeus padre, de bronce, en nada semejante a la de plata, nacida de los fresnos, terrible y vigorosa”. Raza de bronce que, por cierto, se autoaniquilo víctima de su soberbia. “Y ya luego, desde que la tierra sepultó también esta estirpe, en su lugar todavía creo Zeus Crónida sobre el suelo fecundo otra cuarta más justa y virtuosa, la estirpe divina de los héroes que se llaman semidioses, raza que nos precedió sobre la tierra sin límites”. Muchos comentaristas se han mostrado sorprendidos por la introducción de la raza de los héroes, que en alguna medida y solo circunstancialmente, rompe con la genealogía involutiva del género humano. La explicación al respecto ofrecida por Albin Lesky,⁴ creo que aclara el panorama.

Hesíodo nos vuelve a hablar del infortunio del mundo a través de un segundo mito. En una sucesión de cinco edades describe la constante decadencia de la humanidad. Semejante concepción de la historia se contraponen radicalmente al optimismo evolutivo que encontraremos en la época de la Ilustración griega. Cuatro de las edades se hallan vinculadas a metales. La primera, la del oro, es la edad de Cronos; luego, pasando por la edad de plata y bronce, llegamos a la del hierro, en la que estamos condenados a vivir. Este mito está aislado, ya que Cronos, como punto de partida de un desarrollo que, partiendo de una existencia paradisíaca, va en continuo descenso, no puede hacerse concordar con la imagen del ascenso de Zeus al poder tal como lo presenta la *Teogonía*. El hecho de que el mito no procede de Hesíodo se nos vuelve palpable a través de las dificultades que le depara. La época de Hesíodo se hallaba determinada

⁴ Lesky, Albin, *Historia de la literatura griega*, Ed. Gredos.

en gran medida por la epopeya y sus referencias a los hombres heroicos del pasado. En todas partes se mostraban sus tumbas y se les rendía culto. No podían pertenecer a la edad de bronce, en la cual los hombres se autodestruyeron por la violencia. Hesíodo intercala, pues, entre la edad de bronce y la de hierro la generación de los héroes que lucharon en Troya y Tebas, y algunos de los cuales alcanzaron, después de muertos, una existencia bienaventurada al margen del mundo. De este modo aparece un corte en la línea de descenso, así como en la serie de los metales. Si agregamos a esto el hecho de que su vinculación a las diferentes edades históricas es bastante externa, tenderemos a admitir la procedencia foránea de este mito. También en este caso debe contarse con la influencia de concepciones del Cercano Oriente.

La verdad es que si algo le preocupa a Hesíodo es la stirpe de hierro, su stirpe, la nuestra; maldita, envilecida, condenada a envejecer rápidamente, envidiosa, dada al conflicto y a violar la justicia; inteligente y torpe al mismo tiempo, obligada a ganarse el sustento con el sudor de la frente en el marco de un mundo de escasez de bienes: "A los hombres mortales sólo le quedaran amargos sufrimientos y ya no existirá remedio para el mal". No, el poeta no entra en contradicción; en realidad existen remedios para contrarrestar el mal: el ejercicio del trabajo, la sobriedad y la capacidad de organización; relaciones de solidaridad, respeto al orden del mundo, etc. Ello aunado a un atributo divino dispensado por Zeus: la justicia. De la cual se habla bellamente en la Fábula del halcón y el ruisenior, todavía en *Trabajos y días*.

Para aquellos que dan veredictos justos a forasteros y ciudadanos y no quebrantan en absoluto la justicia, su ciudad se hace floreciente y la gente prospera dentro de ella; la paz nutridora de juventud reside en su país y nunca decreta contra ellos la guerra espantosa Zeus de amplia mirada. Jamás el hambre ni la ruina acompañan a los hombres de recto proceder, sino que alternan con fiestas el cuidado del campo. La tierra les produce abundante sustento y, en las montañas, la encina está cargada de bellotas en sus ramas altas y de abejas en las de enmedio. Las ovejas de tupido vellón se doblan bajo el peso de la lana. Las mujeres dan a luz niños semejantes a sus padres y disfrutan sin cesar de bienes. No tienen que viajar en naves y el fértil campo les produce frutos. A quienes en cambio sólo les preocupa la violencia nefasta y las malas acciones, contra ello el Crónida Zeus de amplia mirada decreta su justicia.

Palabras son estas que no atenúan la dolorosa visión de Hesíodo respecto a los hombres de hierro; tu y yo lector: "Y luego, ya no hubiera querido estar yo entre los hombres de la quinta generación sino haber muerto antes o haber

nacido después”. Hay pensadores brillantes y filológicamente mucho más competentes que el que esto escribe, como Bruno Snell,⁵ que achaca la visión negativa de Hesíodo respecto a los hombres de hierro como reflejo de circunstancias realmente vividas: “Si Hesíodo pinta la evolución de la humanidad en los *Trabajos* con colores tan sombríos, hemos de recordar que él mismo había sido víctima (caso del conflicto con su hermano, por ejemplo) de grandes injusticias; su mundo se había ensombrecido”. Me digo: *Teogonía* y *Trabajos y días* se han encargado de demostrar que el mundo de los dioses dominado por Zeus y correligionarios es pleno y justo, que los dioses en fin no son culpables de la desdicha humana, que por la misma y por razones ya analizadas recae por siempre en los propios hombres. Posición que reconoce en el infortunio una categoría transhistórica, y no circunstancial como lo piensa Snell; con lo cual Hesíodo dota a su pensamiento de una tensión y profundidad inalcanzables para cualquier visión optimista de la vida, superficial por tanto. Hay en Hesíodo, lo creo así, atisbos de tragedia aunque sin alcanzar el radicalismo de los trágicos. No niego con esto que Hesíodo habla de lo que existencial y efectivamente le sucede en el tráfigo de la vida diaria, ahí, donde incluso los dioses pertenecen a lo de todos los días al igual que la risa y el llanto.

Pero Hesíodo, poeta que hace de la musicalidad y la medida todo un culto, ha ido más lejos y más arriba, él lo sabe, él lo confiesa, él lo quiere así y ello le da a su poesía una dimensión eterna. Insisto: Hesíodo no es un simple cronista del dolor inmediato; nunca olvidemos que nuestro poeta auna a la perspectiva del campesino la inspiración del poeta. Todavía: confieso que el Hesíodo que menos me gusta es aquel que se da a sermonear, como si estuviéramos ante un consejero de virtudes; también me siento distanciado del Hesíodo que toma aires profesoriales y de repente se cree poseedor de la verdad (“Y qué sé lo que te conmueve, te lo diré”). Prefiero pues al Hesíodo que sitúa el origen del mundo en la noche, el caos y el amor, en la dicha y la desdicha, fiesta y dolor, hermosura y fealdad; el Hesíodo que reconoce (*Trabajos y días*) que la Eris destructiva va acompañada siempre de la Eris constructiva. Admiro el esfuerzo por dotar al mundo de una explicación sagrada: “Pues de cerca metidos entre los hombres, los Inmortales se vigilan ... El ojo de Zeus que todo lo ve y todo lo entiende”. Hay que reconocer en lo de Hesíodo, asimismo, la primera organización sistemática elaborada en Occidente del cosmos, del origen de dioses hombres y cosas y sus mutuas relaciones. Que decir del poeta que se ensucia las manos y le canta al trabajo con las mejores palabras; tiene razón, la poesía tiene que abrazar el orden del trabajo, base de la continuidad de la vida humana: “Que oculto tienen los dioses el sustento a los hombres”.

Multiplicar maravillas ¡ Y el juego de contrapesos entre inteligencia y deseo!
¡ Oh, Pandora que viene a calentar la frialdad del orden técnico! ¡ Aquello donde

⁵ Snell, Bruno, *Fuentes del pensamiento europeo*, Ed. Razón y Fe.

el poeta invita a apreciar lo que se tiene, a gustarlo y quererlo! ¡Y cuando asiste dubitativo al despertar de la libertad humana! Con Hesíodo mortales e Inmortales son mantenidos en su diferencia, eso, relaciones disyuntivas; pasiones, silencios, poderes, esfuerzos. Verdad es que hay una forma de reciprocidad entre dioses y hombres, el sacrificio. Se trata entonces de imágenes de vida y muerte, donde ni siquiera el brillo solar de Zeus que atraviesa las tinieblas puede terminar con el pudrimiento de los cuerpos. De poeta a ciudadano, de mortal a mortal pues, la última palabra queda dicha: los que pertenecemos a la quinta generación, a la estirpe de hierro, moriremos, el poeta lo repite, moriremos. Todo; todo el tiempo y que ello alimente la flor.

